La vida del Gran Capitán

Según una Historia de Córdoba, inédita, del siglo XVII ∴ del Padre Jesuita Alonso García de Morales ∴

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XXXIV

Diferencias entre franceses y españoles en el repartir de :: las tierras y traen a España al heredero de Nápoles. ::

Los franceses viéndose señores de su parte, que era la principal del Reino, y que la investidura de todo él la había dado el Papa a su Rey y al católico de España, con codicia declarada de echar los españoles de todo el Reino, enviaron un hijo del Conde de Capacho para que en la Basilicata, provincia de la suerte Castellana, alborotase los pueblos de su padre y otros vecinos. El Gran Capitán que había ya considerado este negocio avisó a su Rey y Sr. del intento francés: pidió le enviase más gente y avisó a los franceses se detuviesen y al Sr. de Anberni no lo consintiese; disimulaban en lo público y atizaban en secreto.

En este tiempo se redujeron al servicio del Rey católico Fabricio y Próspero Colona. Salieron excelentes capitanes de la escuela del Gran Capitán y de sus manos liberales bien ricos, aunque después se lo pagaron no con tanto agradecimiento; y porque el Sr. de Liñi envió a Luis de Arsi contra el Principado de Altamura, pasando los límites de justicia, despachó al Capitán Fran.co Sánchez, que no le dejó poner el pie en la tierra que pretendía, y a Juan Piñeiro al Principado de Esquilache con mil peones y doscientos jinetes y cien hombres de armas contra el Príncipe de Rosano, que inquietaba algunos lugares de la Calabria: redújolo el buen lusitano a tales términos que lo encerró en Rosano y cercó fuerte y apretadamente, y para cerrar la puerta a los franceses, que acometían la Capitanata, en tres días despachó 400 hombres de armas y 1.500 infantes con cuyo valor los echó de la tierra más que de paso.

El duque de Calabria, heredero de Nápoles, se hizo fuerte en Taranto, desde el principio inquietó la tierra toda y en este lugar el Gran Capitán la cercó con la mayor parte de su gente: tratáronse algunas condiciones de paz y concordia, que rendiría a Manfredonia, Bari, Goraci y Taranto, con que le diesen libertad en su persona y salvo conducto de vivir donde quisiese: admitióle el Gran Capitán, envió el duque orden a los alcaides rindiesen las fortalezas, Manfredonia resistió, Taranto se prestó en tercería de Biendo de Ptolomeis que juró de tenerla en su poder el mes de Febrero y entregarla a 1.° de Mzo. y estando el pueblo junto en la Iglesia, donde está el pueblo de San Cataldo, juraron fidelidad al Rey católico y el Gran Capitán de guardarles sus privilegios: rindióse luego Giraci donde entró por Alcaide Hernando de Alarcón, hijo del famoso Martín de Alarcón: recibió al Duque con notable benevolencia, tratólo como a hijo de Rey, entretúvole a su lado siempre, no como a preso sino como a entretenido con deseo no albo-

rotase la tierra, y aunque el Rey D. Fadrique le escribió no era bien hecho tener a su hijo preso y quebrar la palabra que había dado de ponerlo en su libertad. Varias personas hablaron largo rato en este caso del Gran Capitán; él siempre dió por escusa, lo 1.º que el Duque de Calabria le sacó de esta palabra, y que el Rey su Sr. le envió a mandar lo enviase a España, como se hizo el año 1502: vivió en estos Reinos con gran lealtad, fué virey de Valencia muchos años, y aunque casó con la Reina Germana, murió sin sucesión.

CAPÍTULO XXXV

Principios de las guerras del Gran Capitán contra franceses. :: y título que le dan de Duque de Terranoba. ::

De Taranto envió el Gran Capitán a D. Diego de Mendoza con 500 hombres de armas y 1.500 peones y alguna artillería a detener el paso al Sr. de Alegre francés, que se había entrado por la Capitanata con orden cercase y rindiese a Manfredonia. Entretanto se entraron franceses por la Pulla y ocuparon a Troya, y no la quisieron restituir diciendo con su Rey, que había sido mejor la parte de España: viéronse el Duque de Nemur, general de Francia, y el Gran Capitán en una Ermita entre Melfi y Mela. Para apaciguar estas diferencias, dispúsose por letrados de ambas partes a quien pertenecía la Basilicata y Capitanata: los franceses viendo la justicia del Rey católico lo hicieron voces, el Gran Capitán no se dormía, de secreto hizo que los suyos que estaban en la Capitanata se partiesen a punto de defenderla, y los de Otranto y Bari se llegasen a la Basilicata antes que rompiesen la guerra los franceses.

Pedía por momentos al Rey católico más gente, que no se podía sufrir la demasía de los franceses: de secreto y público, solicitó los ánimos de los señores sujetos a la parte francesa para que se alborotasen y en sus lugares alzasen banderas por España, como lo hicieron algunos. Con sus gentes el Gran Capitán se entró en Atela con notable pena del Duque de Nemur y del Príncipe de Salerno su Sr.: después tomó por fuerza a Viceli. Alzóse Manbrino por el Rey de España, envió el Gran Capitán algunos españoles, que la defendiesen: cuando llegaron hallaron dentro a Luis de Arsi y la gente mudada en parecer contrario: corridos los nuestros de la burla que nos habían hecho, arrebatados de un corage español, arremetieron al Castillo, entráronle por fuerza, tuvieron y mataron muchos y volviéronse a salir al campo donde trabaron una sangrienta batalla con la gente de Luis de Arci: murieron muchos en ella de ambas partes, llevaron la peor los franceses, pues volviendo las espaldas, se recogieron en Venosa: con su ausencia quedó el lugar y castillos en obediencia del Gran Capitán.

El Capitán Escalada yendo un día hacia el Castillo de Atripulda, que dista treinta millas de Nápoles, con fuerza de armas se entró y se apoderó dél con gusto del Gran Capitán, porque temiesen los franceses, viendo a los nuestros ocupar lugares de su repartimiento. Envió volando para favorecerles 800 peones de gran valor y después al Capitán Solís con 1.500 infantes, y aunque lo sintió el Rey de Francia y el Duque de Nemur, no quiso dejar la plaza hasta que los franceses restituyesen otras que habían ocupado de la suerte española. Con esta ocasión el Rey Luis embargó los bienes de todos os mercaderes españoles de su reino, vileza que jamás la hizo España.

Agradecido el Rey católico a los principios de tan señalados servicios del Gran Capitán, le dió título de Duque de Terranoba y Santangelo para alentarlo y dar buenas esperanzas a sus soldados que lo hacían como valerosos españoles. D. Diego de Mendoza rompió un gran escuadrón de franceses que salió de Troya, con no pequeña queja de los franceses que querían hacer ellos mil desórdenes y que los españoles se estuviesen mano sobre mano. El Capitán Villalba entró a Montefredo y tres veces que lo acometieron buen número de franceses, los venció y desbarató. El Gran Capitán deseaba medios de paz y que cada uno restituyera lo que no era suyo; los franceses se quejaban sin justicia y querían tapar la boca a los nuestros, haciendo ellos entradas y robos de ganado no pocos. Fortaleció a Atela muy bien con temor no diesen en ella los franceses. Alegróse con una buena nueva que el Rey católico le enviaba algún socorro de gente con el General Bernardo de Villamarín: envió el Capitán Aponte a fortalecer y prevenir los castillos y fuerzas de la Basilicata y Calabria: pasose a Barleta con ánimo de juntar allí la masa de la gente y desde allí hacer rostro a enemigos: volvió a vistas con el Duque de Nemur y asentaron esta concordia: que la Capitanata quedase en el estado que entonces se hallaba: que en la Basilicata se pudiesen aposentar los españoles: volvióse al repartamiento primero, y aunque los franceses iban mejorados, pasó por ello el Gran Capitán deseoso de obedecer a su Rey que se lo mandaba.

CAPITULO XXXVI

Rompen la concordia los franceses, publican guerra de ambas partes, pónense a guisa de pelear junto al río Ofanto

Acabada de asentar la concordia, a los franceses vino un buen socorro de dos mil suizos y doscientas lanzas: ufanos con él y orgullosos ganaron algunos lugares de los que se pierden y se ganan con facilidad: había retirado su gente más adentro el Gran Capitán y viendo la poca fe francesa en tan repentino rompimiento: recogió su infantería y caballería en Andrea y Barleta y porque Canosa distaba 12 millas de ambos aunque fuerza flaca necesaria en esta ocasión. Envió al Capitán Pedro Navarro, criado suyo adelante bien famoso y a los capitanes Coello y Peralta con 500 españoles fueran en la defensa de este lugar leones, porque cercándolos el Duque de Nemur con 850 hombres de armas y 5 mil infantes y batiendo el lugar con su artillería, habiendo allanado la cerca por muchas partes, de 9 asaltos tertibles se defendieron con grande espanto de los enemigos; pero al fin la grande falta de agua obligó a dejarlo con muerte de más de 150 franceses y muchísimos heridos, sacando la artillería, ropa, bastimentos y todo lo que dentro tenían, y saliendo con sus banderas tendidas: recibiólos en Barleta el Gran Capitán con el gran disgusto porque tenía determinado entrarles un buen socorro de todo aquella noche: la culpa tuvo el Capitán Peralta, que a despecho del Conde Pedro Navarro trató los conciertos. Por traición y trato se apoderaron los franceses de Cuarata, al entrar en ella los nuestros de Andrea mataron y prendieron más de 200. Bebelóse Veseli: despachó por mar el Gran Capitán a Luis Peido con 300 soldados: en desembarcando apretaron de manera la Ciudad que la entraron por fuerza y abrasaron la mayor parte para terror y espánto de los demás.

El Gran Capitán viendo ya la justicia por su parte publicó guerra campal contra Francia y sabiendo que el ejército enemigo había desamparado a Cuarata por falta de

agua y que se habían vuelto al río Ofanto debajo de Canosa donde asentaron su campo sobre una puente que está cinco millas de Barleta, salió contra ellos aunque inferior en gente con un ánimo de Alexandro o Scipion africano, bien ordenada toda, marchando muy depriesa, sus gentes y caballos ligeros, se adelantaron a escaramuzar, hiciéronlo con grande gallardía, mataron y prendieron más de cien de a caballo. Pusiéronse a vista los dos campos y tan cerca que cinco días los nuestros les ofrecieron la batalla, no la quisieron los franceses, antes alzaron banderas y se pasaron 13 millas más atrás, siguiéndolos D. Pedro de Acuña prior de Mecina, Mosen Peñaloca y los caballeros ligeros nuestros, mataron y prendieron muchos, robaron la capilla y pabellones del Duque de Nemur, cosa de precio. Pararon en Ofanto los franceses, no los dejó allí en quietud el Gran Capitán, desasoségolos el Prior de Mecina con 50 hombres de armas, y Mosen Esteban Gago con 200 soldados: mataron 80 franceses y dejaron heridos otros tantos y volvieron con 70 prisioneros sin perder uno de los suyos: repartiéronse los enemigos, el Sr. de Aberni contra los nuestros de Calabria, Luis de Arsi se quedó en Altamuna, el Sr. de Alegre y el Sr. de la Paliza en Troya, el Duque de Nemur solo en Alculi.

El Gran Capitán aunque con poca gente no perdió el ánimo, antes confiaba en Dios y su justicia, con todo se alentó no poco con la venida de Manuel de Benavides con 200 hombres de armas, 200 ginetes y 300 infantes. Envió orden al Capitán Piñeiro tuviese bien proveidos los castillos fuertes de Calabria y que con los 60 hombres de armas y 200 estradiotes griegos y 1.500 peones que tenía, se pusiese en orden para resistir al Duque de Nemur que era fama quería acometer aquella provincia: no fué cierto porque el Duque siguió el camino de Taranto, rindiósele Matera, lugar grande, desbarató al Conde de ella y obispo de Mazara, que se entraron huyendo en Taranto, envióles gente de socorro el Gran Capitán y por la mar cinco galeras y seis naves que corriesen aquella costa, y otras cinco naos gruesas envió a la marina de Nápoles que pusiesen la ciudad en aprieto, bien deseosa de rendirse al Rey católico, y el resto del armada dejó en las costas de Calabria con el capitán Lezcano. Parecerá imposible poder un hombre solo trazar y disponer las cosas en mar y tierra en tantas y diversas partes. A todas asistía, a todas acudía, en todas disponía y ordenaba y en todas era obedecido con gusto. A la una ciudad enviaba gente, a la otra munición, a la otra bastimentos y a todas instrucciones para defenderse y en todas peleaba como valentísimo y esforzado capitán.

CAPITULO XXXVII

Desafío de 11 soldados españoles y 11 franceses, = guerras en la Calabria y Pulla. =

Comenzóse la guerra con tal brío y denuedo que ya no se peleaba por el Reino de Nápoles solamente, corría la honra y reputación de la nación, cual fuese más valerosa, más diestra en las armas, más animosa en los peligros.

Un lunes después de anochecido entró en Barleta un trompeta francés, fuese derecho a la posada de D. Diego de Mendoza, pidió lo llevase al Gran Capitán: puesto en su presencia le dió una carta de 11 caballeros franceses, por la cual desafiaban a otros tantos españoles para otro día a las 9, deseosos se echase de ver cual de las dos naciones se adelantaba a la otra en las armas, fuerza y destreza en gobernarlas: pusieron condiciones ordinarias, una de ellas que los vencidos quedasen prisioneros de los vencedores, y die-

ron en rehenes un caballero francés. Admitió el Gran Capitán el desafío con las condiciones propuestas y envió en rehenes al capitán Esteban Gago: señaló 11 caballeros españoles buenos soldados, dejando a los demás bien envidiosos. No es razón olvidemos sus nombres, pues honraron nuestra nación. El Alferez Gonzalo de Arévalo, Gonzalo de Aller, Pedro de Oñate, el Alferez Segura y Moreno su hermano, Rodrigo Piñan, Martin de Tuerto, Diego de Vera, capitán de la Artillería, el Alferez Andrés Olivera, Jorge Díaz y el último Diego García de Paredes en fuerzas y valor uno de los más señalados españoles que ha habido.

Animólos el Gran Capitán con un razonamiento honroso el día señalado: y al partir los acompañó un buen espacio con los colonas y otros caballeros. Llegaron al puesto con sendos pajes y cuatro trompetas una hora antes que los franceses: cogieron un lado de la liza y otro los contrarios y a vista de la flor de capitanes de un ejército y otro. Al ruido de las cajas y clamor de las trompetas con gallardía notable se fueron unos a otros ayudados de la aclamación de los suyos. Al primero encuentro los nuestros derribaron en tierra 4 franceses y les mataron los caballos: al 2.º mataron un caballo español y los 4 de a pie, peleando con el caballero a solas, al fin 4 contra uno lo rindieron, y así se apartó a una parte del campo. Diego de Vera hirió con su estoque a un caballero francés, la herida fué tal que dió con el del caballo abajo muerto. Andrés de Oliveras derribó a otro del caballo, rindióIo y sacólo del campo: derribaron a otro los nuestros y para hacerlo rendir dieron todos sobre él los franceses para defenderle pelearon valentísimamente. En este encuentro mataron los nuestros cinco caballos franceses y ellos dos españoles: quedaron a caballo ocho castellanos famosos y siete franceses: estos se metieron entre los caballos muertos, amparándose con ellos, y aunque los españoles de a caballo acometían con denuedo y valor grande, no hacían efecto porque los caballos vivos se espantaban de los muertos. Así se pasó el día y cerró la noche, los franceses movieroo plática, afirmando conocían su yerro y que excedieron con decir que los españoles no eran tan diestros en las armas como ellos, y pues era tan tarde se contentasen de lo hecho y saliesen todos con el honor de buenos y valientes soldados: los nuestros contentos de su confesión y de las ventajas que llevaban se concertaron que tomando los nuestros las armas que había en el campo por despojos, salieron todos por buenos soldados; aunque bien se echó de ver estaba la victoria por los españoles, pues los franceses, partiéndose a Viseli dejaron uno muerto, un rendido que se trocó por el nuestro y nueve caballos muertos y salieron 9 heridos, y los españoles uno rendido, dos heridos y tres caballos muertos y dos heridos, tanto fué el exceso español al francés. El que se rindió de los nuestros Gonzalo de Aller envió a desafiar al francés rendido, con licencia del Gran Capitán, afirmando se rindió con más justicia que él, negándolo el otro y diciendo saldría al campo día de S. Miguel. Esperó Gonzalo de Aller a las puertas de Trana y no viniendo lo sacó pintado en papel arrastrando a la cola del caballo, presunción más honrosa que cristiana. El Gran Capitán aunque recibió con grande honra a los suyos, no alabó la victoria, quisiera la acabaran, pues la tenía en las manos. Otro día 22 hombres de armas de los nuestros enviaron a desafiar otros tantos franceses y 22 infantes otros tantos de los enemigos: no quisieron admitir, diciendo que campo a campo se verían presto.

Viendo el Rey católico comenzada la guerra entre españoles y franceses determinó pasar a ella en persona, estorbándolo con razones muy fuertes y eficaces D. Enrique Enquíquez, D. Alvaro de Portugal, D. Gutierre de Cárdenas, Garcilaso de la Vega, Antonio de Fonseca, Hernando de Vega, cesó de esta resolución, poniendo los ojos en el capitán que tenía en su lugar en Nápoles.

Entróse por Calabria el Sr. de Aberni, con 300 caballos y 1.500 infantes y con el favor de los Príncipes de Salerno, Rosano Príncipe de Besiniano y su hermano el Conde de Melito y de Arenas alborotaron la tierra, cercaron a Terranova, de que era Duque el

Gran Capitán, y habiéndola tenido cercada más de un mes, sintiendo este desmán como era razón el Gran Capitán, envió a D. Hugo de Cardona con 240 Infantes y su hermano don Juan, ambos hermanos del Conde de Golsano, caballeros de grande nobleza y valor y que de su escuela salieron valentísimos, y capitanes de gran nombre y fama, y con ellos por el Embajador Francisco de Rojas, que quiso servir a su Rey desde Roma con 250 peones el capitán Garci Alvarez Ossorio, y a los capitanes Nuño de Ocampo, Hernando de Alarcón, Gonzalo de Aponte, Pedro Lázaro, Juan Lorenzo y otros: llegaron estos caballeros a socorrer el lugar a buen tiempo: salió contra ellos el Conde de Melito con 300 hombres de armas y 230 caballos ligeros, trabose una buena batalla, salió vencido el Conde, dejando muertos algunos de los suyos: con esta victoria libraron del cerco tan largo a Terranova. Acudieron a favorecer los suyos el Príncipe de Bisiñano y el de Salerno, desamparando el cerco de Cosentia; cuando llegaron fué tarde y el Conde de Aciclo y comendador Solís socorrieron animosamente a Cosentia, desbaratando y venciendo el ejército francés. Alcanzóse esta victoria el martes 11 de Octubre: pasó D. Hugo de Cardona a San Jorge por orden del Gran Capitán, llevando de refresco a Manuel de Benavides, Gonzalo Dávalos, Antonio de Leiva y al capitán Albarado, todos adelante grandes personajes y calificados discípulos del Gran Capitán. Otra victoria tuvo D. Hugo de Cardona del Conde de Melito, matándole y prendiéndole 150 hombres, y de los nuestros solo murió el capitán Vargas. Con el favor y amparo de tales y tan valerosos soldados se defendió el castillo de Cosentia, Monforte, Aciclo, Tropea, Amantia, que están en la marina de Poniente, y S. Jorge, Rijoles, Santa Agata, y el Seyllo de otra parte.

CPITULO XXXVIII

Guerra en la Pulla, apodérase de Castellanata, victoria que tuvo del general del Abruzo.

Despacahba el Gran Capitán y repartía su gente porque acudiese a donde había mayor necesidad y a la de todo el ejército en el sustento dél. Teodoro Bocalo, griego, capitán de los Estradiotes, sacó de cerca de la Cirinola cinco mil cabezas de ganado, aunque las perdió luego, y mientras que el capitán Francisco Sánchez armó unas celadas al ejército Francés, trajeron diez mil cabezas de ganado que las ampararon el Comendador Mendoza, Pedro de Paz y el teniente del clavero. Otras escaramuzas hubo cerca de Cirínola en que fueron unas veces vencidos, otras vencedores los nuestros. La victoria que tuvo Luis de Herrera y Pedro Navarro de su hijo del Conde de Conza, en que lo prendieron y mataron a casi todo su escuadrón, fué ilustre: El Duque de Nemur, capitán general, quiso quebrar una puente del río Ofanto, 4 millas de Barleta: el Gran Capitán, habiendo avisado a los del lugar, estuviesen alerta con la gente de Andrea, que eran 1.500 de a caballo y 1.600 infantes, se llegó a vista del río; viéndolo venir el Duque de Nemur infamemente huyó, y auque se le envió un trompeta para que se detuviese, no cesó de dar la vuelta. Aguose el contento de esta victoria con la desgraciada suerte que tuvieron junto a Terranova D. Hugo de Cardona, Manuel de Benavides, Antonio de Leiva, Valentín de Benavides, Gonzálo Dávalos, que hicieron este día gentilezas y a sus pies tuvo caidos Manuel de Benavides más de 15. Con todo no pudo su valor detener a sus soldados, que con no pequeña cobardía huyeron: con esta rota cobró grande ánimo el Sr. de Aubemi y se hizo casi señor de la provincia.

Por este tiempo, el Marqués del Basto, que tenía a Iscla como gobernador, dudoso a la qué parte se inclinaría, acordándose de la sangre de su abuelo el Condestable D, Ruí López Dávalos, entregó la isla de Iscla al Rey D. Fernando y avisó al Gran Capitán le enviase su armada con alguna provisión de gente y vituallas.

Con la rota pasada y alegría de la presente de Iscla, entreteniéndose el Gran Capitán para no venir a batalla, esperando más gente, no permitía estuviese la suya ociosa, siempre la tenía ocupada en continuas correrías y robos. Un domingo, 15 de Enero de 1503, salió con toda su gente, envió delante al Comendador Soljs con 300 jinetes, algunos de los suyos vinieron a las manos con los enemigos: sacó más de 40.000 cabezas de ganado. Con esta presa, que repartió entre todos con grande liberalidad, no trataron de paga en muchos días, que ya comenzaron a quejarse de cuan mala era: después cogió en una celada al teniente del Sr. de la Paliza, llamado Mota, con 30 lanzas entre hombres de armas y arqueros: habló en deshonor de la nación italiana el Mota; afrentáronse Próspero y Fabricio Colona, vino el negocio a tratarse en desafío público, once de cada nación; hiciéronlo animosamente los italianos, pues echaron del campo a todos los franceses, honrolos el Gran Capitán notablemente como tan ganador de voluntades, recibiólos en Barleta como victoriosos, llevando delante los once prisioneros. En este tiempo Alonso de S. Severino, capitán de gente de armas, como desleal y desagradecido se pasó al bando francés, dió su compañía el Gran Capitán a Próspero Colona para ganar cada día más a este linaje.

El Capitán Luis de Herrera, deudo del Gran Capitán, con su orden y en compañía de Pedro Navarro con la gente de a pie y a caballo que tenían en Taranto entraron en Castellanata, prendieron y mataron 50 hombres de armas y cien arqueros que había de guarnición y cogieron 300 caballos: de temor se rindieron Mazafia y la Terza, por trato ganaron las Gratallas, prendiendo los franceses que en ellas había, y para que la dicha de Gran Capitán campease más, alzaron banderas por España el Barón de Mazarino y con él otros lugares y toda la provincia de tierra de Otranto estaba levantada y puesta en armas para hacer lo mismo el día que el Gran Capitán saliese en campo: no lo hacía esperando la gente que traía de España Luis Portocarrero, Sr. de Palma en el reino de Córdoba, y los alemanes que le enviaban de Flandes D. Juan Manuel y D. Lorenzo Suárez de Figueroa. No pudo al fin contenerse aquel pecho magnánimo: miércoles 22 de Febrero de 1503, dejando bien proveidas a Andría y Barleta, salió de noche con 400 hombres de armas, 600 caballos ligeros, 3.000 infantes, 4 cañones de batir y 7 falconetes: amaneció sobro Rubo, dejando a las espaldas a Cuerata, Viseli y Monti, donde estaban los contrarios: asentó la artillería sin que saliese hombre de ellos a escaramuzar: a los primeros golpes de la batería abrieron un pedazo del muro, arrojáronse por él los nuestros como leones, sin orden del Gran Capitán, acudió con grande valor a recogerlos, por ser pequeño el portillo; habiendo peleado famosamente con los enemigos, prosiguieron 4 horas la batería, echaron por el suelo una torre y cuatro pasos de la muralla, reconocida de un soldado que cómenzó a subir por ella, se arrojaron los demás tras dél: fué el asalto muy sangriento por más de dos horas, al fin los nuestros entraron por fuerza el lugar: hirieron a D. Diego de Mendoza de una pedrada en la cabeza, que le sacó de sentido, murieron más de 200, quemados y heridos muchos: el señor de la Paliza herido muy mal en la cabeza con todos los demás franceses fueron presos: dióse el lugar a saco, alegre día de soldados: hallaron 600 caballos y muchas armas de que tenían necesidad. Retiróse en el castillo Amadeo de Saboya, Sr. de Corno, teniente del Duque de Saboya; pero en viendo plantada contra él la artillería, se rindió a merced del Gran Capitán. Quedó en prisión con muchos señores y capitanes y el Sr. de la Paliza, virrey y capitán general del Abruzo, fué una de las insignes victorias que tuvo este gran Príncipe, honra de su patria Córdoba, no tanto por haber vencido muchos en cantidad como en calidad.

Después de la batalla hubo alguna diferencia quién había preso al General francés: averiguóse fue el 1.° un soldado de la compañía de D. Diego de Mendoza llamado Barzuna, y el 2.° Nuño de Mata. El Duque de Nemur cuando supo esta rota tan grande de Francia desmayó y se fué a juntar con el Príncipe de Melfi, temiendo la dicha del Gran Capitán.

CAPÌTULO XXXIX

Victoria de la armada española en la mar, llega a Italia Luis Portocarrero Sr. de Palma, y su muerte y algunos encuentros.

Servía al Rey de Francia con 4 galeras y dos fustas un Perí Juan que había venido de Rodas para hacer todo el daño que pudiese en los lugares de las costas de Calabria y la Pulla sujetos al Rey católico: impedía el paso a las naves que de Sicilia pasaban vituallas: salió contra él el General de la nuestra Lezcano y echóle de aquel paso: fuese al golfo de Taranto donde tomó una carabela de trigo y una nao vizcaina, temiendo el Gran Capitán el daño que de esto se seguiría, si aquel corsario con robos españoles engrosaba: echó más gente en las galeras y armó de nuevo dos navíos y dos carabelas, ordenándole el capitán Lezcano no le dejase en todo el mar mediterráneo. Viéronse los dos a 16 de Feb.° delante del puerto de Otranto, envistióle Lezcano animosamente, temió Peri Juan su destrucción y porque no viese su armada a manos de españoles, saltó con su gente en tierra y barrenando las 4 galeras y fustas se fueron a fondo y quedó el mar pacífico y quieto de enemigo: estimó mucho y alabó el Gran Capitán la breve diligencia del capitán Lezcano.

Vinieron del Abruzo embajadores, pidiendo les diese gente con cuyo favor alzasen banderas por el Rey de España, envióles a los condes de Populo y Montorio y al punto cumplieron su palabra. Ordenó a Luis de Herrera, Pedro Navarro y el capitán Lezcano que sacó del armada y al obispo de Mazara que echasen un escuadrón de franceses que corrían la tierra cerca de las Gentulas, petearon los nuestros tan animosamente que los desbarataron matando 200 y prendiendo más de 50; pasando después el Capitán Oliva de Córdoba de un lugar a otro se encontró con cierta compañía de franceses, mató 30 de ellos y a los demás hizo huir más que de paso. El capitán Malvaseda en diversas salidas que hizo mató más de 240 franceses, y otra vez con solos 33 españoles desbarató más de 300 enemigos y mató 40, llevando presos otros tantos.

El Gran Capitán, llevando en su compañía a Luis Herrera, Pedro Navarro y 1.200 españoles y 300 caballos ligeros, cogió de sobresalto en Ostena a Luis de Arsi, huyó a grande priesa, saliéndose del lugar, entrólo por fuerza el Gran Capitán y a la fama de esta victoria y huída de su general los demás lugares se rindieron: entróse en Oira Luis de Arsi, cercáronle los nuestros y le hicieron retirar.

Un solo enemigo tenía el Gran Capitán muy apretado, que era la necesidad de bastimentos, hacía notables diligencias en esta parte, y si no cogiera un navío que pasaba de Venecia a Trana cargado de trigo y después no llegaran cinco de Sicilia, perecieran todos. El embajador Francisco de Rojas envió 300 soldados con el Comendador Aguilera, desembarcaron en Cotron, juntóse con ellos Juan Piñeiro, rindieron a Belcastro y redujeron otros lugares de Calabria, y al mismo tiempo el Gobernador Gómez de Solís socorrió el castillo de Cosentia, entró por fuerza la ciudad y echó de ella al Conde de

Melito y otros varones que tenían cuatro veces más gente que él, socorríales a todos la felicidad y dicha de su Capitán general.

Parecíales a los Reyes Católicos que no era posible que el Gran Capitán acudiese a tantas partes, dando los avisos necesarios, previniendo los daños por ser tan remotas unas de otras: enviaron con igual poder a Luis Portocarrero, Sr. de Palma, en el reino de Córdoba, con 300 hombres de armas, 400 ginetes y 3.000 peones, los 2 mil gallegos y los mil catalanes. Tuvieron atención los Reyes en la elección de este caballero, lo 1.º, dice Zurita lib. 5., c. 8, a que fué uno de los que más se señalaron en la conquista de reino de Granada, lo 2.º, ser amigo y deudo del Gran Capitán, y lo último, casado con hermana de la Duquesa su mujer. Salió con su armada de Cartagena, temporales varios y peligrosos le trajeron muchos días en la mar y 20 días después aportó a Mesina. El virey de Sicilia le aconsejó se juntase con el Gran Capitán y ambos juntos harían gran hacienda y mayor que divididos, otros le dijeron otros pareceres. Al fin desembarcó en Rijoles con los capitanes don Hernando de Andrada, Alonso Niño, Alonso de Carvajall Luis Mendez de Figueroa, Hernando de Quesada y los capitanes de los gallegos Morón, Villacosta, Vahamonde, Alonso de Ribera, Lope Carrizo, Juan Cervantes, Hernando y Gonzalo Díaz, Diego de Ocampo, Lope Muñiz, Alonso Prieto, Juan Pardo, hizo alarde de su gente y comenzando a ponerla en orden adoleció de unas fiebres pestilenciales que en breves días le quitaron la vida. El General Villamarín con sus galeras y soldados de luto lo llevó a Mesina, salió todo el clero y pueblo a recibirle con mucho sentimiento y luto, depositaron el cuerpo en la Iglesia mayor enfrente del sepulcro del Rey don Alonso el 2.º de Nápoles. Así acabó aquel gran caballero, terror de los moros granadinos y honra del reino de Córdoba.